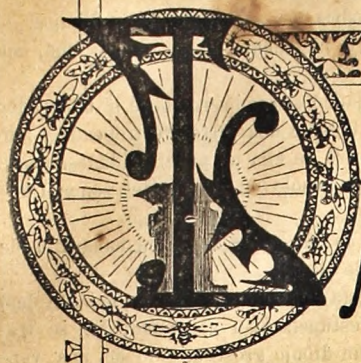


Regalo á los suscriptores de LA TRIBUNA POPULAR



LA SEMANA POPULAR

ILUSTRADA

Año I.

MONTEVIDEO.—Domingo 14 de Agosto de 1892.

Núm. 33.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A «LA TRIBUNA POPULAR»
con opcion á este periódico ilustrado de regalo.

	1 año.	1 semestre.	1 mes.
Suscripción adelantada.	pesos 10'00	p. 5'50	p. 1'00
Id. al periódico solamente.			p. 0'50

La imprenta de LA TRIBUNA POPULAR es la mejor montada para hacer diarios, libros, folletos, esquelas, tarjetas, recibos, carteles y toda clase de trabajos comerciales.

Todo suscriptor á LA TRIBUNA POPULAR, así como á este periódico, que no lo reciba con regularidad, debe reclamarlo á la Administración, calle Ciudadela 74/75, en Montevideo, ó al agente respectivo.



UN INVENTOR DESCONOCIDO (Véase la pág. 386)



SUMARIO

Texto: Un inventor desconocido, por S. F. — Cómo argumentan las madres (cuento dialogado), por EUGENIO SELLES. — Amor en cuenta, por JOSÉ SELGAS. — El balcón, por RICARDO LODARES GIRÓN. — Invención y perfeccionamiento de la locomotora (conclusión), por PABLO SANS Y GUITART. — Nuestros grabados. — El viento y la nube, por C. SUÁREZ BRAVO. — El octavo hijo, por W. — De aquí y de allí. — Postres.

Grabados: El ciego y el niño, escultura en mármol de J. LAMBEAUX. — A orillas del mar, cuadro de BARTOLOMÉ GIULIANO. — La lección de escritura, cuadro de PESTELLINI. — Gente menuda, cuadro de JULIO ADAM. — La caza del ratón.

UN INVENTOR DESCONOCIDO

I

Finaba el año 1825. La tienda del celebrado óptico Carlos Chevalier, situada en el muelle del Reloj, tan frecuentado de ordinario por clientela distinguida, parecía desierta en las primeras horas de la tarde de uno de los días tan frecuentes en París en los meses de otoño, en que el sol cubre su faz radiante como para no ver el triste aspecto que ofrece la capital.

El viento va despojando á los árboles de su follaje amarillento, simbólico color de la muerte, y mientras ráfagas tempestuosas hacen estremecer los esqueletos vegetales de parques y jardines, en el hogar del menesteroso cunde el temor ante la perspectiva del invierno que se acerca amenazador para las familias sin medios.

Hallábase Carlos Chevalier sentado en su escritorio leyendo un periódico para matar el tiempo. La puerta de la tienda se abrió suavemente y dió paso á un parroquiano. Chevalier se levantó y envolvió al desconocido en una mirada llena de curiosidad.

El aspecto del recién llegado no agradó al óptico, y más por costumbre que por cortesía, continuó de pie volviendo empero los ojos sobre el papel impreso que leía y diciendo con distracción:

—¿Qué se le ofrece á usted?

II

El desconocido quedó enteramente desconcertado. Con su sombrero de color indefinible, su traje más que usado, humilde porte, rostro enfermizo y timidez claramente manifestada en todos sus movimientos, más bien que un comprador parecía un infeliz que pedía limosna.

Turbado, pues, empezó á dar vueltas al sombrero que llevaba en la mano, y con voz entrecortada contestó:

—Desearía saber el precio de la cámara oscura que está en aquel escaparate.

—Cien francos, precio fijo.

—¡Ah!

En esta interjección que lanzó el desconocido, acompañada de un prolongado suspiro, había mezcla de deseo y de desaliento. Su mirada iba del aparato del escaparate al rostro del óptico. Así permaneció algunos minutos, inmóvil, mientras Carlos Chevalier con el diario en la mano continuaba leyendo con la mayor indiferencia.

Por fin levantó los ojos, y adivinó éste lo

que pasaba en el interior del recién llegado. Era joven, y sin duda los trabajos científicos habían acabado con su dinero y con su salud. Sin dejar, pues, el diario, díjole con alguna amabilidad:

—No puedo rebajar nada, es lo que cuesta. Sin embargo, hay otras clases... ¿Para qué quiere usted el aparato?

—Diré á usted. Hace tiempo vengo dedicándome al estudio de un problema científico muy interesante: la fijación de las imágenes en el papel por medio de la cámara oscura. Con el aparato imperfecto que poseo, una especie de caja de madera de abeto con un objetivo ordinario que coloco en mi ventana, he conseguido algún éxito; pero estoy seguro de que con la nueva cámara oscura de prisma que usted ha construido, puedo llegar á un feliz resultado.

III

La sinceridad con que el forastero hablaba no dejaba lugar á dudas. Sin embargo, Chevalier no se resolvió á creer todavía en absoluto lo que decía aquel joven, y tenía sus motivos.

Por entonces los periódicos habían dado por descubierto el secreto que la naturaleza guardaba todavía, de la fijación de las imágenes en el papel. Conocía los inauditos esfuerzos hechos por Nicéforo Niépce para conseguir aquel resultado, esfuerzos que, proseguidos por espacio de diez años, habían acabado con la paciencia de aquel sabio físico. Verdad es que había logrado, por medio de la preparación de láminas metálicas con betún de Judea, obtener la imagen transmitida por el sol, á través de la cámara oscura; pero aquella materia con que preparaba sus hojas metálicas, era de impresión tardía; necesitaba diez horas de exposición en la cámara oscura para revelar la imagen recibida, tiempo más que suficiente para que el sol, que no participaba de las ansias y temores del hombre, cambiase las sombras, modificase las líneas y echase á perder la obra.

Sabía, pues, que si Niépce había inventado la palabra *heliografía*, no había podido conseguir práctico empleo de tan maravilloso arte, como sabía los inútiles trabajos y vanos ensayos de otros cien matemáticos empeñados en lo imposible, es decir, en mandar al sol que se sirviera dibujar sobre el papel y de una manera permanente las imágenes.

Precisamente entre estos locos se encontraba su amigo, el pintor Luis Daguerre. También éste andaba buscando la piedra filosofal. ¿Y qué había conseguido? Nada absolutamente, nada práctico. La fotografía era un imposible científico.

Sin embargo, la sencillez con que el desconocido habló de su invento, como de la cosa más natural del mundo, excitó la curiosidad del señor Chevalier. Dejó por fin el periódico, y pasando detrás del mostrador, díjole con interés:

—La impresión de las imágenes sobre el papel es un problema que estudian inútilmente gran número de sabios. ¿Es posible, joven, que usted le haya resuelto?

—No diré tanto, exclamó el desconocido. Pero si con mi grosero aparato logro fijar en el papel un dibujo también grosero, con un

aparato más poderoso y perfeccionado, ¡quién sabe!

—¿Podría ver algunos de esos dibujos?

—Muy fácilmente. Aquí traigo uno, me parece...

Y dejando el sombrero sobre el mostrador sacó del bolsillo una cartera estropeada y mugrienta, tiró de ella un papel cuidadosamente doblado, y púsolo en manos del señor Chevalier.

—Es lo que se ve desde mi buhardilla de la calle de Bac...

La vista del dibujo que tenía delante dejó lleno de estupefacción al óptico. No se trataba de un dibujo grosero, sino de una verdadera reproducción. Era una vista de París, un conjunto de chimeneas sobre las cuales se destacaba en segundo término la cúpula de los Inválidos. No necesitaba el desconocido otra tarjeta para hacer saber que habitaba una buhardilla. Verdad es que los contornos resultaban algo borrosos, pero este pequeño defecto debía corregirse con el empleo de un buen objetivo.

Levantó los ojos del papel y vió que el desconocido continuaba tranquilo; su rostro revelaba sólo el deseo de convencerle de que podía dejarle llevar el aparato, porque sus ensayos iban por buen camino.

Chevalier no le comprendió ó no quiso comprenderle.

—¿Cómo obtiene usted este resultado?

—Con esto, y nada más que con esto, contestó sacando de la faltriquera una botella llena de un líquido negruzco. Usted puede hacerlo como yo.

En aquel instante entró un parroquiano y el señor Chevalier fué á servirle dejando plantado al desconocido. El sabio se eclipsó por el tendero. Y como la compra era de alguna importancia y el óptico parecía haberse olvidado de él, el desconocido tomó su sombrero y luego la puerta.

—¿Se va usted?

—Veo que está usted ocupado, volveré otro día y hablaremos si usted gusta...

—Bien está. ¡Adiós!

IV

Quando quedó solo el señor Chevalier dirigióse á su escritorio para dejar el dinero de la venta que acababa de hacer. Sus ojos fijáronse casualmente en la botella que el desconocido había dejado olvidada sobre el mostrador, y recogióla con avidez recordando las palabras que aquél le había dicho. «Con esto, usted puede hacerlo como yo.»

Tenía en su mano el invento, el tan deseado invento. Durante algunas horas dejó de pensar en el suyo, en el microscopio, que era su manía; porque Chevalier también era del número de los locos que disputan á la naturaleza sus secretos, á pesar de ser tendero.

El líquido mágico estaba allí. ¿Por qué no había de probar sus efectos?

Pasaban días y días y el desconocido no parecía por la tienda.

Hizo varios ensayos con el líquido negruzco, pero ninguno dió resultado.

Su amigo el pintor escenógrafo, Daguerre, fué á visitarle á los pocos días.

—¿Qué tal? le preguntó Chevalier, ¿cómo van tus trabajos sobre fotografía?

—Muy mal, por ahora.

—No todos los que trabajan en el invento dicen lo mismo: tienes un rival afortunado.

—¿Cómo es eso?

Chevalier contó á su amigo la conversacion que habia sostenido con el misterioso inventor de la fotografia, y mostrándole el frasco añadió:

—Este es el líquido de que se sirve nuestro hombre, líquido que he ensayado inútilmente. Ninguna prueba me ha salido bien.

Daguerre examinó el frasco, y al enterarse de cómo Chevalier llevó á cabo sus ensayos, echóse á reír sabrosamente.

—¡Hombre, hombre! exclamó. El papel debe prepararse en la oscuridad, para que sea sensible á los rayos solares dentro de la cámara oscura. Deja que yo ensaye este misterioso líquido. Entretanto, si tu cliente vuelve, preséntamelo.

V

Daguerre no era un sabio ni mucho menos. Llevóse el precioso líquido á su casa, y después de vanos ensayos, al cabo de dos meses volvió á ver á su amigo Chevalier y le dijo:

—¿Ha vuelto el inventor desconocido?

—No, no ha parecido todavía.

—¡Diablo!

—Pues qué ¿no has obtenido nada con el líquido?

—Absolutamente nada. Estoy seguro que el secreto no está en la botella.

Nadie supo más del desconocido inventor de la fotografía. El invierno habia sido crudo, y el desgraciado debió ser víctima de sus rigores. La implacable muerte debió retardar para la humanidad el momento feliz del descubrimiento que más honra al siglo XIX, y por su culpa seguramente fueron inútiles todos los esfuerzos de aquel genio que sacrificó su vida en aras de la ciencia.

Chevalier, en una de sus obras, cuenta esta anécdota y dice que el remordimiento no le dejó en paz por mucho tiempo, pues quizá su egoísmo fué causa inconsciente del eclipse de aquel astro científico.

¡Quién sabe!

S. F.

CÓMO ARGUMENTAN LAS MADRES

(CUENTO DIALOGADO)

Lugar y tiempo de la acción: un campamento en días de la guerra de los germanos, levantados por Arminio contra la dominación de Roma.

I

—Tu esposo era una de las cabezas principales de la tribu. Las virtudes de su padre lo elevaron al primer rango. Su propio valor le dió puesto preeminente en el ejército que defiende la independencia de nuestra raza, la propiedad de nuestro campo, la pureza de nuestra religión, la castidad de nuestras esposas, la vida de nuestros hijos.

Pero su proceder le ha hecho indigno de su padre, de su nombre, de la confianza de sus gentes.

—¡Qué! ¿Mi esposo ha sido acaso vencido por las legiones de ese á quien Roma llama

Germanico y Germania llamará siempre enemigo?

—¡Ojalá fuera vencido, que entonces lloraríamos nuestra mala ventura, pero no nuestra deshonra! Duele la derrota, pero mancha la cobardía.

—¿Acaso ha perdido su escudo, descolgado de su brazo flojo, como las lágrimas se desuelgan de los ojos del niño cuando siente el alarido de la batalla? ¿Acaso ha huído ante esas águilas muertas con Varo de las que se burlan ya hasta nuestras doncellas?

—¡Ojalá huyera! que entonces las flechas enemigas, más veloces que los pies, se le hubieran clavado como rayo de los dioses, en las costillas, matándolo como á los cobardes, de cara al lodo y con la espalda al cielo.

La cobardía mancha á quien la tiene, pero la traición deshonra á quien la ejecuta y además asesina á quien la recibe.

—¿Pero de cuál traidor habláis?

—De tu esposo. Con Sigimero, digno hermano del vil Segesto, se ha pasado á las banderas romanas, vendiendo su nombre, su escudo, la honra de la tribu y la santidad de sus dioses.

Ha entrado al servicio del César. En el Rhin era cabeza de mil germanos; en el Tíber es un siervo más, que sigue con la plebe el carro de los triunfadores, vitorea á Tiberio en el circo y se postra en el atrio de los patricios.

Se ha desceñido la vesta guerrera, el sayo corto de piel de venado, vestimenta propia de los hombres libres, porque deja en desnuda independencia brazos y piernas, y se ha enfundado en la larga túnica mujeril de la raza latina, vestidura propia de los esclavos, porque estorba á las piernas para avanzar y embaraza los brazos para combatir.

—Tú, gran sacerdote y jefe de la tribu, no me engañas, porque no puede engañar quien tiene en su boca la lengua de los dioses. Pero sin duda has sido engañado por los que tienen en su corazón la envidia de los hombres.

—No, mujer; ni me han engañado ni te engañó. ¡Ojalá te engañara! Bien saben los dioses que mejor quisiera ahora el pecado de la mentira que el dolor de esta verdad.

—Dime, si quieres, que mi esposo es prisionero de los romanos; que temerosos de su valor le han arrebatado por ardid ó por fuerza, pero no me digas que engendró traiciones el que engendró á mis hijos.

—Porque tus hijos son hijos de traidor y por ello hermanos de la traición, vengo á hablarte en nombre de las cabezas de la tribu. El ejército sin jefe vuelve roto y deshecho; el enemigo invade nuestros bosques y amenaza nuestro campamento; nadie osa á defenderse, porque con el ejemplo de la traición no hay soldado que se fíe ya del compañero; el pueblo, irritado y en motín general, pide satisfacción para Germania y castigo para la deslealtad. Es forzoso apaciguarlo.

—¿Buscan los germanos al desleal? Pues vayan á Roma por él.

—Quizá estuviéramos ya camino de Roma si estas traiciones no lo impidieran. Por eso es mayor la ira pública, que cae siempre sobre lo que tiene á la mano.

—¿Y qué quiere?

—El sacrificio de los hermanos de la traición.

—¡Eso no! ¿Qué tiene que ver la tribu con la vida de mis hijos? ¿Acaso ella se la ha dado como á hijos de meretrices? Sacrifique los que haya engendrado en común, carne pública de lupanar.

—Pero te los han dado los dioses y los dioses están ofendidos con quien ha renegado de ellos. Su cólera se manifiesta patente por calamidades en la tierra y prodigios en el cielo. Ellos por boca de nosotros, sus sacerdotes, ordenan el sacrificio.

—Los dioses no ordenan crueldades innecesarias. ¿Para qué les sirve la sangre de un gusano de la tierra, si pueden aplacarse cuando quisieren?

—Los ritos de nuestra religión lo prescriben; no eres la primera ni serás la última madre despojada de sus hijos. Es locura porfiar con los pueblos y los dioses. Siempre prevalece su poder, que es como la corriente del sagrado Rhin, que no tiene más riberas sino las que ella se hace. ¡Síguela si quieres vivir! pero no le pongas presa; porque no es el río el que se para, sino la presa la que perece.

Tienes cinco hijos: escoge el que haya de ser sacrificado.

—No escojo: porque entonces yo lo sacrificaría.

—No por eso lo librarás del sacrificio. El pueblo te arrebatará uno cualquiera y acaso sea el más amado.

—Pues bien, reunid á las madres de la tribu: ellas escojan entre los cinco.

II

—Con el poder del jefe de la tribu y la autoridad del sumo sacerdote, venimos á tí, mujer, para elegir entre tus hijos el que haya de ser sacrificado.

—Aquí están los cinco juntos y dispuestos: escoged, madres de la tribu, como si hubierais de escoger entre los vuestros.

—Lo escogeríamos para marido de una hija: para la muerte, no. Seríamos sus homicidas, porque quien escoge un pudiendo escoger otro, ése lo mata. Echémoslo, pues, á la suerte; mátele ella, que no tiene ojos para las desdichas, ni oídos para las quejas de los hombres.

—La mala suerte irá derecha al más desgraciado. ¿Y por qué ha de morir ése? ¿La desdicha es acaso delito que merezca la muerte?

—Dices bien. Muera el que haya sido hasta ahora más venturoso. Alguna desgracia habia de tocarle. Sea el primogénito. Ha gozado más tiempo que los otros en la luz de la vida, de los bienes de su padre, de las caricias de su madre.

—Pues por eso os lo niego. ¡Estoy tan acostumbrada á verlo, que al llevaros su vida os lleváis también la mayor parte de la mía! Los dioses piden el sacrificio de un hijo, pero no el de su madre.

—Sea, pues, el menor, ya que mides el cariño por sucesión de años y noches, como si fuera costumbre que se adquiere, más bien que sentimiento espontáneo que se impone.

A más de esto, tal vez gane con morir cuando su inteligencia no discierne el bien y el mal, y antes que la madurez le enseñe el baldón de su casta. Tú también pierdes menos perdiéndole, porque ahorras los cuidados que necesita su niñez. ¿Para qué sirve ahora á tu

casa ni á su tribu? Sus manos pequeñas han de robarte muchas manzanas antes que puedan manejar el instrumento de labranza con que arranque su propio sustento á la tierra. Sus miembros débiles han de sufrir muchos golpes y torturas antes que puedan soportar el peso del escudo y de la frámea para defender nuestra nación.

—¿Y acaso pertenece á la raza de esclavos que se tasan por lo que aprovechan como el buey y el caballo? ¿Por ventura lo he criado para instrumento de trabajo? ¿Es niño y débil? ¿Y qué? No pisoteéis por inútil la raicilla, que ella será tronco fortísimo. Si vuestras madres y las madres de vuestros esposos hubieran discurrido como vosotras, ¿dónde estarían ahora vuestros hermanos y maridos, que son gloria de vuestros ojos, sostén de vuestra casa y defensa de nuestra tribu?

—¡Ay! ¡que entonces las legiones cesáreas no habrían encontrado pueblos grandes ni razas numerosas en los bosques de Germania!

No puede cazar fieras montaraces; pero, mientras otros las cazan, él puede guardar ganados mansos, que si le falta fuerza para defenderlos de los lobos, le sobra ternura para desviarlos de los despeñaderos.

A más de eso, es el más inocente de las culpas de su padre. ¿Qué sabe él de traiciones y perjurios? ¿Qué valdría á los dioses su sacrificio, si su lengua, no enseñada todavía á hablar claro, no sabría decirles ni la ocasión de su muerte? ¿Cómo los satisfaría del agravio paterno, si es tan pequeño que acaso profanaría la ceremonia invocando ante el ara mismo el nombre maldecido de su padre para que lo defendiera de los sacerdotes?

—Sea entonces la mayor de tus hijas.

—¡Ay, que mi Turismunda es muy hermosa para dar á la cuchilla ese cuello blanco y redondo, envidia de nuestras doncellas y codicia de nuestros mancebos! Consultad antes con vuestros hijos, y ved si quieren para los dioses lo que ellos quisieran para su corazón.

¿Dormirá eternamente con los gusanos de la tierra la que nuestros príncipes pretenden para encanto de su lecho? ¿Vais á esterilizar por el hierro ese seno robusto preñado de esperanzas, y destinado quizá á encastar prole de héroes que honren la Germania? ¿Ella tan dulce en la paz, tan animosa en la guerra! Ella que ha ganado por sí sola más batallas que todos nuestros capitanes, porque cuando acompaña á nuestro ejército los cobardes se hacen valientes por no sufrir sus miradas de desprecio, y los valientes se hacen héroes por verse luego coronados con los lauros que les teje de las encinas sagradas!

—Sacrifica á tu hija segunda. Es blanca y rubia; pero no tiene la hermosura ni el ánimo varonil de la primera. Tímida como la corza que tiembla al ladrido de los perros, no hace héroes en la pelea.

—Pero laboriosa como la hormiga, hace el granero en la casa. Sin sus cuidados ¿qué sería de nosotros el día en que la edad rinda mis manos? Bajo las suyas se multiplican las de los siervos, menguan los gastos de la vivienda y crecen los frutos de la heredad. Vela para que yo duerma y anda para que sus hermanos reposen.

Nunca el sol la ha visto dormida, ni las primeras estrellas parada. Me pedís más que

los dioses: ellos quieren que caiga una cabeza; vosotros que caiga toda una familia.

—Dales tu tercer hijo. ¿Con cuáles razones, ni aun salidas de corazón de madre, podrás defenderlo? ¿Qué bondad verás en él para redimirlo, aunque lo remires con ojos de amor?

—Os confieso que es perezoso de cuerpo y flaco de ánimo.

—Está arrimado á tu casa no como viga para sostenerla, sino como hierba parásita para chuparla. Derrocha en festines lo que tú aumentaste con la sobriedad. Consume la mies que su hermana siembra, y engulle la caza que sus hermanos matan.

—Confieso que le veo más entre las pieles del lecho que entre los zarzos del monte, y que por su rostro, rasurado á la romana, corre más el vino de las Galias que el sudor del trabajo.

—¿Te ama quizá, ni ama á su gente?

—¡Ha vivido tanto tiempo lejos de mí y de sus tierras! ¡Fué á Roma tan niño!

—Sí; nació con cuerpo deforme y quisiste que la medicina italiana enmendara á la naturaleza. Nació con entendimiento más torcido que el cuerpo y su padre quiso que los retóricos de Roma le pusieran entendimiento postizo. Fué con Arminio á la ciudad enemiga, y sus academias le enseñaron el latín y el griego para que maldijera en muchas lenguas del nombre germano. ¿Maldecirlo? ¡Es poco! ¿Odiarlo? Es noble. No; aprendió á despreciarlo como nombre de bárbaros, nacidos para la esclavitud.

—Pero volvió á su patria.

—Vendió con la misma joroba en la espalda y la misma joroba en el entendimiento. Y encima de ellas trajo todos los vicios de la ciudad prostituta.

Le enseñaron aquellos cortesanos sus afeinamientos, aquellas cortesanas sus bajezas, aquellos histriones á ponerse la carátula para fingir, aquellos cantores á atiplar la voz para engañar. Su espíritu se acobardó en la servidumbre del César, sus miembros se apoltronaron en los triclinios de los banquetes.

¿Para qué servirá á su gente ni á sus padres quien lleva la cítara por solo escudo y la copa por único armamento?

La doblez, la cobardía, la traición, la envidia viven en su cuerpo jorobado, como en morada propia, como la manada de lobos en la concavidad de la peña.

—Serán defectos de mis entrañas, que le concibieron.

—En mala hora lo concibieron. Parece que su padre, cuando lo engendró, pensaba, más que en la blancura de tu pecho y en el azul celeste de tus ojos, en la negrura de las traiciones que preparaba. Parece que en vez de cuajarse su amor en un hijo, sus malos pensamientos se cuajaron en un pedazo de carne.

—No decís sino la verdad. Es descastado, es cobarde, es inútil, es vicioso.

Pero, ¡es tan feo! Dijérase que por eso lo sacrifico, ¡como si el corazón de madre fuera corazón de cortesana, que deja lo enteco por lo gallardo!

—¡Sublime pretexto, mujer! Los dioses no quieren, sin duda, el sacrificio de tus hijos puesto que sólo ellos pueden inspirarte esta defensa.

Volvamos á los sacerdotes, y digámosles que si por su boca habla el Dios de la Ira, por la tuya ha hablado el dios de la Casta, que es la divinidad tutelar de Germania.

EUGENIO SELLES.

AMOR EN CUENTA

Eres hermosa, y te quiero;
Mas discurramos en prosa,
Que el amor es una cosa,
Y otra cosa es el dinero.

Nuestro caso es muy sencillo:
Tú dispuesta, yo corriente;
Pero hablando formalmente,
Consultemos el bolsillo.

Que el dinero, sea el que sea,
Hasta las piedras ablanda,
Y aunque por las nubes anda,
No cae por la chimenea.

De solo amor, no se asombre
De esto tu hermosura altiva,
No hay una mujer que viva,
¡Conque imagínate un hombre!

Antes bien, dos que se quieren,
Si son en amor peritos,
A todas horas y á gritos
Dicen que de amor se mueren.

Puesto al cuello este dogal,
Saco en limpio, como ves,
Que un amor sin interés
Es cuenta sin capital.

Pone mi pasión muy alta
La gracia con que me abrumas;
Mas, veámos lo que sumas,
Para saber lo que falta.

Porque si hay lenguas inquietas
Que te siguen donde vas
Y te dicen que eres más
Salada que las pesetas,

Hombres de lisonjas hartos,
Como yo, saben de coro
Que es tu belleza un tesoro
Que equivale á cuatro cuartos.

No soy á tu afán esquivo,
Y en buena razón me fundo;
Mas ya, Inés, en este mundo
No hay más que lo positivo.

Pero cedo... no haya apuros,
La cuestión es de una prima:
Tu belleza... bien, y encima,
Poca cosa..., cien mil duros.

Muy grande es, por lo que advierto,
La beldad que en tí se encierra;
Mas yo no tengo ni tierra
Sobre que caerme muerto.

No hay hombre que te resista,
Si en tu hermosura repara.
¡Qué cara tienes!... ¡Qué cara!...
Pero cara... tu modista.

Quiero decir que en mortales
Faustos, y pompas, y fiestas,
Ya sabemos lo que cuestas;
Pero dime... ¿Cuánto vales?

No me niegues que te adoro,
Por ser á mi amor ingrata;
Y puesto que te hablo en plata,
¿Por qué no has de hablarme en oro?

Dices que debo querer,
Que promesa es deuda... ¡Bah!...
Aun somos libres, y ya
Quieres que empiece á deber...

Bien: apechugo y no cejo;
Echemos por el atajo;



EL CIEGO Y EL NIÑO
ESCULTURA EN MÁRMOL DE J. LAMBEAUX



A ORILLAS DEL MAR.—CUADRO DE BARTOLOMÉ GIULIANO



LA LECCIÓN DE ESCRITURA.—CUADRO DE PESTELLINI



GENTE MENUDA.—CUADRO DE JULIO ADAM

LA CAZA DEL RATÓN



1



2



3



4



5



6



7

En fin, la prima rebajo;
¿Hay á mano un millonaje?

¿No? Pues, mira no me asocio:
Y aunque me tientes, no peco;
Que tu amor á palo seco
Es malísimo negocio.

Adiós...: se me parte el alma;
Y si no hay en el barato
Una que tenga buen gato,
Juro enterrarme con palma.

JOSÉ SELGAS.

EL BALCÓN

El balcón es hermano de la ventana, y como ésta tiene su poesía, su encanto, su historia amorosa. La luz lo está besando todo el día, los tientos lo adornan con sus golpes de verde y de flores, los pájaros lo miran con envidia desde el tejado, los niños encuentran

su delicia en asomarse á él, y las jóvenes, apoyando sus brazos en los hierros, moviendo á uno y otro lado la cabeza, donde aun descansa sin romperse, el cántaro inmortal de *La lechera*, en el traje de casa, en ese descuido encantador que cincela las formas, lo elevan, lo dignifican, lo convierten en nido, en un rincón del cielo. Como los dioses en el Olimpo, las muchachas en el balcón, reciben con severa majestad el incienso de los hombres, los requiebros apasionados del galanteador, las frases dulces y melosas del novio. El visillo bordado con pájaros y flores que todos los balcones tienen, fué sin duda inventado por las mujeres: solamente á ellas pudo ocurrírseles esa idea, pudo entrarles en gana para ocultarse detrás y ver sin ser vistas, poner pegado, á los cristales el visillo, el péfido visillo, que impide á los ojos del curioso penetrar en el gabinete, escudriñar los rincones, sorprender el tocador, algunas veces obra de arte, casi siempre una monada coquetona, donde ellas guardan los hechizos de sus

seducciones; donde á semejanza del célebre marqués de Villena, que ponía en redomas sus aleaciones de alquimia, ellas conservan en caprichosos frascos, esencias y perfumes; donde ellas, amalgamando la belleza postiza con la belleza natural, eternizan el reinado de la hermosura, immortalizan y perpetúan las creaciones de los Fidias y Praxíteles.

También la persiana, la moderna, la que se llama de librillo por su forma, favorece á las mujeres, y si no fué ideada por ellas, el carpintero que la construyó quiso ofrecer otra ventaja, permitiéndolas que estando cerradas, pudieran ver impunemente y no ser vistas.

Cuando cae la tarde, en el mes de mayo, en esa hora de color de rosa que parece traer tonos y reflejos del paraíso, cuando el sol ocultándose deja venir el crepúsculo con sus poéticos vislumbres, con sus adorables vaguedades, el balcón es un ramillete de cabezas rubias y morenas, un agujero de la gloria por donde se asoman los ángeles, una corola de gardenia donde aletean las mariposas.

Como la Grecia tuvo en Pindaro, el poeta de los himnos, al cantor de todas sus glorias, al panegirista de todos sus héroes, el balcón debía tener otro poeta que cantara eternamente sus excelencias, un vate que destilando en sus versos la ternura de Virgilio y el romanticismo de Víctor Hugo, dedicara su vida, como entera la dedicó Petrarca a los amores de Laura, a cantar la poesía, las escenas idílicas del balcón que la virtud hace templo, las flores jardín, los niños nido y las mujeres edén.

Una mujer hermosa, ha dicho un escritor amigo mío, deja a su paso, cuando sale a la calle, un reguero impalpable de deseos, y yo aseguro que, cuando se asoma al balcón, se corona de un nimbo luminoso que ciega a quien la mira. El balcón tiene su temporada cuando llega el verano, cuando se abre en las horas del fresco, cuando por la noche la joven que cuida de sus flores, vestida de blanco, como el hada de la felicidad, riega los tiestos y acaricia con sus manos, con sus manos blancas como las azucenas, los claveles dobles, los aliellos rojos, los jacintos morados.

La rejilla de la puerta, la ventana del patio, la silla en Recoletos ó el Retiro, la butaca en el teatro, el rincón oscuro en la iglesia los domingos en la misa de doce, todos los sitios en donde el amor aviva sus ansias, mantiene sus anhelos, con el cruce de una frase, con el cambio de una mirada, con la mutuidad de una sonrisa, no pueden competir con el balcón, donde la cita amorosa tiene mayores encantos, más irresistibles atractivos. No le digáis a las mujeres que la curiosidad, ese vicio tan antiguo como la mujer, es una cosa fea, que el balcón se ha hecho para dar luz a la estancia: no les digáis que dejen de asomarse cuando por la mañana se levantan, antes de salir a paseo o cuando esté muriendo la tarde: no les digáis que renuncien al placer de enseñar sus graciosos bustos por el balcón, porque no os harán caso, se reirán de vosotros, os tendrán por Catones insoportables y no se privarán jamás de un gusto que tan poco les cuesta, de un regocijo que disfrutan de balde.

RICARDO LODARES GIRÓN.

INVENCIÓN Y PERFECCIONAMIENTO

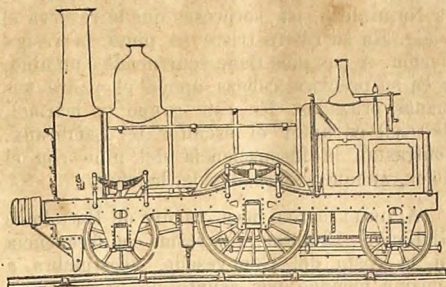
DE LA LOCOMOTORA (1)

(Conclusión)

La primera locomotora que entró en España, fué la que tenía por nombre *Mataró*, y existe todavía, aunque retirada del servicio, en los talleres que tiene en el Clot la Compañía de ferrocarriles de Tarragona a Barcelona y Francia. Es el tipo de la locomotora de Roberto Stephenson. Pesa 19 toneladas, tiene 3 ejes: uno central, que es el motor, con ruedas de unos 2 metros de diámetro, y dos ejes extremos, meramente de soporte, con ruedas de poco más de un metro de diámetro. Este tipo, más ó menos perfeccionado, es característico de la locomotora inglesa representada por este dibujo. Nótese sin embargo que, así como en un principio los cilindros, desde la aparición de la *Rocket*, iban aunque en posición horizontal, ó casi horizontal, fuera del bastidor, después se pusieron en la parte interior, haciendo uso de ejes acodados. En dicho período de 1830 á 1848, los perfeccionamientos se fueron introduciendo con frecuencia en la locomotora, á medida que se la necesitaba de mayor potencia, y que con el uso se dominaba más la manera de usarla,

se penetraba más hondamente en su esencia, y se veía finalmente con mayor claridad la índole de su carácter.

En el mismo año 1830, en vez de 90 tubos de calefacción se pusieron en las calderas hasta 130; Eduardo Burg, en Birmingham, adoptó los cilindros horizontales, y se usaron



ruedas de madera con llantas de hierro, aunque poco después ya se usaron todas las ruedas de hierro forjado.

En 1833 se aumentó el peso de los raíles; se colocó un tercer eje detrás de la caja de fuego y se hizo uso de la llanta plana, es decir, sin bordón, en la rueda del centro, para disminuir el rozamiento en las curvas y facilitar el paso por las mismas.

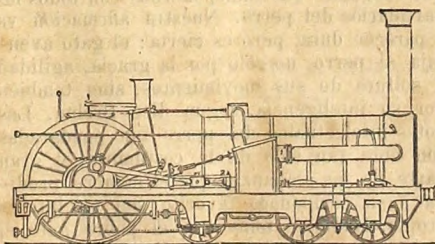
En 1834 el ingeniero inglés Forester, inventó el cambio de marcha por medio del pie de cabra.

En 1835 Roberto Stephenson ideó el truk giratorio llamado *bogie*, ó juego delantero, para facilitar el paso por las curvas, perfeccionando este mismo sistema el constructor Nowis en Filadelfia, aplicando el llamado truk americano, que caracteriza el material móvil de aquel continente.

En 1842 un horroroso accidente ocurrido en Versalles, hace prohibir en Francia el uso de locomotoras con dos solos ejes.

En 1843 Roberto Stephenson inventa la corredera circular para el cambio de marcha y la expansión variable, y desaparece el uso del mecanismo inseguro llamado pie de cabra.

En 1846 aparece la máquina Crampton de ocho ruedas, con el motor en el extremo detrás de la caja de fuego, y se aplica á los trenes rápidos, produciendo el tipo que representa esta figura:



Locomotora Crampton para trenes rápidos

El caballo se lanza intrépido á la carrera, aunque obedeciendo dócilmente á la diestra mano que le guía; sube airoso las cuestas, tuerce el camino con elegante flexibilidad, modera su marcha, se detiene y retrocede en su camino por medio de sencillo y sólido mecanismo, todo á voluntad del maquinista. La red de caminos va creciendo, los nuevos trazados han de cruzar los más accidentados terrenos, todos los pueblos quieren ferrocarril, y todas estas necesidades despiertan en los constructores de la vía la de adoptar pendientes fuertes y curvas de pequeño radio. El ca-

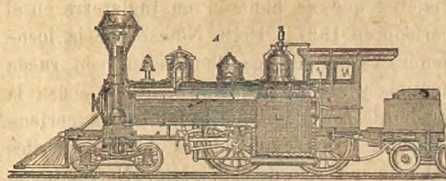
ballo de fuego cada día cobra más vigor y mayor soltura; nunca desdice, y sus constructores cada día se atreven más á obligarle aumentando su volumen y su peso y sus corpulentas formas. En 1851 Austria abre un concurso para las locomotoras que han de atravesar el Sømmering, y en general trayectos de fuertes rampas y curvas de poco radio, y aparece entonces la máquina *Eugene* de más de 40 toneladas de peso, de 8 ruedas acopladas, con 180 y más tubos de calefacción en su gran caldera, con movimientos transversales en los ejes para el paso de las curvas. El caballo ha llegado á la plenitud de su desarrollo. Su mayor aumento raya en la monstruosidad y traspasa los límites de la buena práctica en la explotación de los caminos de hierro.

Diffícil sería poner en relieve las perfecciones de detalle que se han ido sucediendo después del concurso austriaco; para apreciarlas sería preciso entrar en detalles técnicos impropios de esta publicación. Entre las locomotoras de 8 ruedas acopladas y las de 4 que tenía la de «Roket», más ó menos perfeccionada, hay una infinidad de modelos de locomotoras llamados mixtos, y otros de mercancías y otros para trenes rápidos. El sistema Compound vendrá tal vez dentro de poco á establecer un nuevo y marcado tipo; mas hasta el presente su aplicación á la locomotora no aparece franca y decidida.

El advenimiento de las grandes exposiciones industriales acabó con los concursos particulares para estimular la construcción de nuevos tipos de locomotoras, pero desde el año 1857, en todas las exposiciones internacionales se han presentado gran número y variedad de dicha clase de máquinas, pudiendo decirse que sólo presentaban como nuevo algún detalle y mayor ó menor perfección en su



Doble locomotora de Fairlie

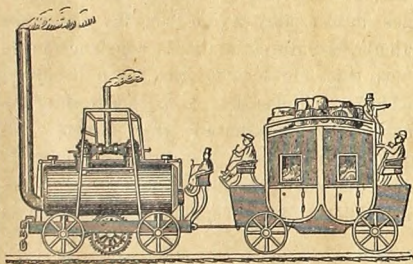


Locomotora americana

construcción y montaje. Los tipos que más se destacan en este último período son la doble máquina de *Fairlie*, para vencer fuertes pendientes, y la locomotora americana, con su truk giratorio delantero, su ancha chimenea, su gran farol y su coraza protectora del mecanismo. La antigua línea de Villanueva, ó de los Directos, introdujo este tipo en España, que, por la adquisición que hizo de dicha línea la de Tarragona á Barcelona y Francia hoy presta servicio en los caminos de esta última compañía. Los dos grabados que preceden representan dichos dos tipos de locomotora.

(1) Véase los números 30, 31 y 32 de este periódico.

Desde el concurso de Liverpool hasta el de Austria mediaron 21 años; el progreso alcanzado en la construcción y resultado de la locomotora resalta en este paralelo que un autor inglés (*Evers*) establece entre la «Rocket» de Stephenson y los modelos modernos: «El coste de la «Rocket», dice, no excedió de 550 libras y las locomotoras modernas cuestan de 2,000 á 3,000. Su peso era de 7 toneladas y 9 quintales con su tender; ahora la máquina sola excede á veces de 45 toneladas, en marcha, y el tender, provisto de carbón y agua, pesa unas 20 toneladas; de manera que máquina y tender juntos pesan actualmente en algunas locomotoras de mercancías de 60 á 65 toneladas. La rueda motriz de la «Rocket» tenía 4 pies, 8 pulgadas y media de diámetro, el cilindro tenía 8 pulgadas de diámetro y su carrera era de 16 media pulgadas. Hoy tenemos locomotoras cuyas ruedas motrices tienen 9 pies de diámetro, el de los cilindros es de 18 pulgadas y su carrera de 24 pulgadas. La mayor velocidad que alcanzó la «Rocket» en las pruebas del concurso fué de 24 millas por hora en un trayecto ó distancia de milla y media. Hoy algunas locomotoras de trenes expresos alcanzan la velocidad de más de 70 millas por hora en trayectos de centenares de kilómetros. La presión en la caldera no excedía de 50 libras por pulgada cuadrada ó sea de 3^{at}, 4; actualmente no baja la presión á que suelen trabajar las locomotoras de 120 libras, y la mayor parte de las más modernas trabajan normalmente á 140 y á 150



libras; ó sea las que trabajan á menor presión lo hacen á 8 atmósferas y las últimas á 9 y á 10 atmósferas.» A este contraste añadiré por mi parte la exhibición de este grabado que representa uno de los primitivos trenes de viajeros que se hicieron en Inglaterra en el período de 1821 á 1829. Nótese que la locomotora es del sistema Blenkinsop, con rueda dentada y rail de cremallera, lo que acusa la prudencia ó timidez que la falta de experiencia daba á los explotadores de ferrocarriles del primer tercio de este siglo. Nótese también que el coche es exactamente el tipo de la diligencia, marcándolo todavía más la circunstancia de llevar los bultos de equipaje en la parte superior, encima de la cubierta. Compárese este coche con los coches-camas actuales, con los coches-salones y con los coches-restaurants americanos, y aparece el progreso en todo su esplendor. Nótese finalmente que Stephenson, no sin cierta presunción, llamó «Rocket» (*cóhete*) á su locomotora y hoy se anuncian trenes-rayos, cuyos calificativos por sí solos bastan para hacer sentir el alcance que daban al caballo de fuego sus propios inventores y el que ha logrado, con la experiencia, en los tiempos actuales.

PABLO SANS Y GUITART.

Nuestros grabados

EL CIEGO Y EL NIÑO, escultura en mármol de J. Lambeaux.—A la orilla del camino, de rodillas sobre un ribazo, un mendigo ciego implora la caridad del transeúnte, que, más feliz que él, puede admirar los encantos de la Naturaleza, las sorpresas que le reserva el viaje. En su rostro triste se pinta la resignación. A sus pies tiene acurrucado á un niño, y en su preciosa cabeza apoya el padre sus manos cruzadas. En este grupo en mármol, del cual es autor el escultor Jéf Lambeaux, contrastan la inconsciencia del niño con el dolor, aunque resignado, del hombre.

A ORILLAS DEL MAR, cuadro de Bartolomé Giuliano.—El autor, que reside con frecuencia en la costa del Genovesado, acostumbra á tomar á menudo por asunto de sus cuadros un trozo del mar que baña la playa de su país. Para darles variedad no se olvida de poner una ó dos figuras, de pescadores, de niños, de jóvenes que suministran al artista motivo fácil para usar tintas vivas, en que el transparente del verde pescado contrasta con los tonos rojos y oscuros de las barcas, y el azul profundo del cielo compite con las blancas velas heridas por la brillante luz del sol.

A orillas del mar es una de tantas como el pintor Giuliano expone todos los años, y en la que una joven pescadora, apoyada en el borde de la lancha, descansa un momento de su faena, destacándose la graciosa cabeza sobre la extensión inmensa del mar azul.

LA LECCIÓN DE ESCRITURA, cuadro de Enrique Pestellini.—Una infeliz madre que, impulsada por la necesidad, vese obligada á apresurar la educación de su tierno hijo, única esperanza de su futuro bienestar, enseñándole los primeros rudimentos de la escritura, he aquí el asunto que ha inspirado la obra del distinguido artista de Florencia, cuya reproducción ofrecemos hoy en la pág. 391.

GENTE MENUDA.—Muchas de las cosas que la Naturaleza nos ofrece, no son en sí, ni bellas, ni feas; el hombre les atribuye una cualidad determinada con arreglo á su cultura, á sus gustos, á su capricho muchas veces. Si lo exige la moda llevará la dama de *chic* un perrito más ó menos feo sobre la falda; por igual razón llevaría un erizo ó un murciélago. Otras gentes, otros pueblos consagran su predilección á otros animales; pero esta vez ante el gracioso cuadro de Julio Adam, vamos á romper una lanza en favor de los gatos, aunque tengamos que indisponernos con todos los partidarios del perro. Nuestra afirmación va á parecer dura, pero es cierta: el gato aventaja al perro, no sólo por la gracia, agilidad y soltura de sus movimientos, sino también por su inteligencia, según dice Brehm. Las dotes intelectuales del perro tan ponderadas son obra tan sólo de la costumbre, y gran parte de las alabanzas que el hombre prodiga á su compañero favorito son en interés propio. Nadie se toma con el pobre gato el trabajo que se emplea en adiestrar un perro: mas si se hiciera, tal vez se obtuviesen iguales resultados. Es verdad que no hay en el gato igual docilidad, pero esto redundaría en su elogio. El gato es demasiado inteligente, está demasiado convencido de su valer para prestarse á servir de juguete al hombre. Ha conservado algo de la aristocracia de los animales carnívoros, mientras el ánimo servil del perro le ha enseñado á comer patatas bajo el dominio del hombre. Así podríamos continuar el panegírico del gato durante mucho tiempo. Sólo añadiremos que la insuperable gracia y elegancia de sus movimientos y posturas le han hecho figurar, desde tiempo hace, en cuadros y dibujos. Pero pocos pintores han dado en este terreno muestra tan completa de su talento de observación y de ejecución como

Julio Adam, cuyo cuadro será una fiesta para los numerosos partidarios de tan gracioso animal.

EL VIENTO Y LA NUBE

Dijo al viento la nube:
—¿Por qué me arrastras?
Déjame en el espacio
tender mis gasas,
para que en ellas,
los dorados reflejos
del sol se vean.—

—Vé á dar agua á los campos;
responde el viento,
para eso de la tierra
te alcé á los cielos.
Nubes ociosas
que se ocupan en galas,
sólo dan sombra.

A mudanza precisa,
todo ser corre;
la semilla, á ser árbol,
y el árbol, bosque.
Cumple la tuya.
Ayer vapor, hoy nube,
mañana lluvia.

C. SUÁREZ BRAVO.

EL OCTAVO HIJO

Hace ya algunos años en una choza abierta al viento y á la nieve, nació un niño. Era el octavo de la familia, cuando ya el sostenimiento de los otros siete era difícil. Esta familia, honrada y bienquista de sus convecinos, pero víctima de toda suerte de desgracias, había caído en la última indigencia. Ni fuego en el hogar, ni pan en el armario; el padre enfermo, la madre casi moribunda; los hijos, que no habían cenado, tiritaban echados sobre la paja procurando darse algún calor unos á otros.

Felizmente para los pobres, hay pobres, y se asisten entre ellos con caridad celestial. Una pobre vecina se encontraba allí. Abrió como pudo al recién nacido, que apenas respiraba, y corrió á avisar al cura para que lo bautizara en seguida, pues temía que no pudiera vivir hasta el día siguiente. El cura no tardó.

—Señor cura, dijo tristemente el padre, aquí tiene usted un pobre chiquillo, que no llega muy á tiempo. ¿Qué nombre le pondremos?

—Le llamaremos Diosdado, respondió el cura: porque Dios es quien lo envía, muy á propósito para consolarte y socorrerte. *Ecce hereditas Domini, filii; merces fructus ventris*. Nunca viene un hijo á una familia sin llevar consigo de qué vivir. Ahora mismo vas á verlo, y lo verás todos los días.

Mientras el cura hablaba, entraba en la choza su criada con una gran cesta de la que sacó ropa blanca y provisiones. Salió á la puerta y volvió á entrar con leña.

—¡Ah! señor cura, exclamó el pobre hombre, ¡cuánto tenemos que agradecer á usted!

—Agradéceselo á Dios. Hice una colecta en el pueblo y Dios no consiente que haya corazones tan duros que se nieguen á socorrer á una familia que tiene ocho hijos.

La criada en tanto había encendido un

buen fuego. Envuelven al niño en su ropita, le bautizan y le colocan al lado de su madre, que llora de alegría. El cura se retira olvidando el manto. Al mismo tiempo la vecina va al otro cuarto con las manos llenas de pan, carne y frutas, y dice á los siete chicos: «Mirad lo que os trae vuestro hermanito Diosdado.» Diosdado comienza á gozar de gran crédito entre la familia.

Durante algún tiempo se estuvo sin saber si quería seguir viviendo. Era tan débil que causaba lástima, pero no por esto dejaba de ocupar dignamente su puesto en la familia y en toda la aldea. Todo el mundo se interesaba por él y por sus padres. Estos, aparte de los regalos que tenían, nunca carecían de trabajo. La caridad les prefería á otros obreros más hábiles. «Tienen ocho hijos,» se decía, y esta razón lo zanjaba todo en su favor. Por otra parte, ellos justificaban la buena voluntad general. Laboriosos, honrados, buenos cristianos; tanto más fieles para pedir el pan nuestro de todos los días, cuanto que jamás les quedaba nada del de la víspera. No se hacían ricos, pero al cabo tenían lo necesario, y con frecuencia algún buen encargo les daba cierto desahogo.

—Diosdado es quien nos trae esto, solían decir. El señor cura le bautizó bien.

Una de las grandes cosas que Diosdado hizo por sus padres, aun antes de empezar á hablar, fué la colocación de su hermano mayor. Una excelente señora de las cercanías quiso atraer la protección de Dios sobre su propio hijo, y resolvió dar educación á sus expensas á un muchacho escogido en una familia numerosa é indigente. Familias con estas condiciones no escaseaban; ésta tenía cinco hijos, aquélla seis, la otra siete; pero en casa de Diosdado eran ocho y pobreza en relación. El hermano de Diosdado fué el elegido. Desde entonces no costó nada á sus padres; aprendió un oficio y se entrevistó el momento en que pudiese venir en socorro de la familia, como vino fielmente. Entretanto nada perdió ésta; el hermano ausente siguió contado entre el número de los hijos, y Diosdado era siempre el octavo. Al cabo de cierto tiempo ya no entraron en la pobre cabaña, á la que Dios había enviado ocho hijos, ni el viento ni la nieve.

En tanto el famoso Diosdado no se daba gran prisa en robustecerse. Su padre temía perderle.

—Si muere será un angelito, decía el cura; os protegerá siempre. Necesitamos protectores en el cielo. Pero estate tranquilo, creo que vivirá.

—No pesa quince libras, decía el padre.

—Si estuviese más gordo no podría llevarlo su hermana.

—Nunca va á poder manejar la azada ni guiar la carreta, repetía el padre.

—¿Y qué? contestaba el cura, ¿no hay pan más que para el labrador? Le enseñaremos á manejar otra cosa. Dejemos obrar á la Providencia; veo que no lleva del todo mal los asuntos de Diosdado.

Pero sólo algo después fué cuando el padre y la madre conocieron el don que Dios les había hecho.

A medida que envejecían, sus hijos se iban dispersando; éstos estaban colocados, aquéllos contraían matrimonio; uno era soldado, el otro

marino. Sólo quedó Diosdado para consolarlos y servirlos. Hoy está al frente de un comercio en pequeño, cuyos beneficios bastan para subvenir á sus modestas necesidades. Todo el mundo quiere proveerse de lo necesario en la tienda de Diosdado. Se sabe que no engaña á nadie, y además sostiene á sus padres, *que han educado ocho hijos.*

—Diosdado, me decía un día su padre, ha sido el sostén y la alegría de mi casa. Dicen que cada hijo que nace trae un pan debajo del brazo, pero á mí el octavo me ha traído más; por él he podido sacar adelante á mis demás hijos, y ahora es el descanso y la alegría de nuestra vejez.—W.

De aquí y de allí

LA COLORACIÓN ARTIFICIAL DE LAS FLORES. —A propósito de la nueva industria de la coloración artificial de las flores y de las investigaciones á que ha dado lugar, se lee en el *Intermédiaire des chercheurs et des curieux* (número del 20 de Abril último, página 390) una noticia extractada de una obra que apareció en 1724 en Amsterdam, que demuestra decididamente que nada es nuevo. La obra de que se trata lleva por título: *Nouveau recueil de secrets... donné au public par les soins du sieur D'Emery*, y en el capítulo *Secrets du jardinage* del tomo III, p. 296, se encuentra:

Para comunicar á las rosas, claveles y otras flores el color que se desee.

Se expone cierta cantidad de tierra al sol para que se seque y transforme en polvo bien suelto, se llena con ella la caja ó pote donde se han de sembrar las flores blancas que se desean colorear. Estas plantas sólo percibirán la humedad de las aguas con que se riegue la tierra; de modo que si queremos que las flores de estas plantas tengan el color rojo, se tienen que preparar el agua de riego hirviéndola con palo del Brasil, cortado en pequeños trozos hasta tanto que se reduzca al tercio ó un cuarto del volumen primitivo; fría ya el agua se regará con ella la tierra de las cajas que llevan las plantas, por la mañana y la tarde, hasta que esté bien empapada y se juzgue que las flores tienen el color deseado.

Para obtener el color verde, basta tomar los frutos de la cambrónera bien maduros; si se quiere amarillo, se usan los mismos frutos algo verdes; después de rotos y triturados estos frutos se hierven con agua y el líquido resultante sirve para el riego comunicando á las flores uno ú otro color según sea el fruto usado.

Si se desea el negro, se hierven las agallas con agua y ácido sulfúrico, análogamente que para la tinta; regando con dicha agua la tierra como en el caso anterior la flor adquirirá el color negro. Es preciso no dejar por la noche las plantas al aire libre, á causa del rocío que daña el resultado que se desea obtener.

Es evidente que todas las partes de la flor no adquirirán el color de la tintura, y tan sólo algunas porciones, presentando un aspecto jaspeado por los matices de ambos colores. Si queremos flores de tres colores, regaremos con tintura de un color por la mañana, en un solo lado, y por la tarde con el otro color, y en lado distinto y alternando diariamente.

Si se injerta un rosal en un tronco de col ó de manzano, producirá aquel rosas verdes,

en vez de darlas blancas, rojas ó encarnadas; pero carecerán de olor, perdiendo así su principal atractivo.

Es conocida la impotencia relativa que afecta á la luz eléctrica para atravesar las capas brumosas de la atmósfera, cuando la densidad de la niebla es algo grande. Esta impotencia afecta á los proyectores más poderosos, lo mismo que á los focos más débiles.

Para evitar este inconveniente, que anula la eficacia de los faros eléctricos en los momentos en que su asistencia es más preciosa al navegante, sumido cerca de las costas en la medrosa oscuridad de unas tinieblas casi absolutas, el profesor inglés Mr. Tyndall, tan conocido por sus importantes trabajos de vulgarización del progreso científico, ha propuesto, en carta dirigida al *Times*, el empleo de haces de luz intermitentes.

El procedimiento que recomienda consistiría en concentrar sobre un punto las proyecciones luminosas de varios focos potentes, tapando y destapando alternativa y simultáneamente los diferentes focos.

Cree el eminente profesor que este procedimiento daría por resultado, probablemente por una superposición de impulsos en las ondas luminosas, que éstas vencieran la resistencia que en su propagación oponen los vapores acuosos de la atmósfera.

Hay en Pilnitz (Saxe) una camelia gigantesca que cuenta ya ciento cincuenta años.

Este árbol, originario del Japón, tiene 16 metros de altura y da más de 40,000 flores cada año.

En Phoenix (Arizona) se ha organizado una sociedad para la construcción de uno de los más grandes depósitos de agua que acaso existan en el mundo, y que se situará en Box Cañón, á 400 yardas de la unión de Tonto Creek y Salt River. Su profundidad será de 200 pies, y el agua se extenderá en un espacio de 16 millas, teniendo el depósito capacidad para 103,058.040,800 pies cúbicos.

Debido á la mucha abundancia de maderas, cal y otros materiales de construcción que hay en la localidad, el coste de la obra no excederá de 1.500,000 pesos fuertes.

La empresa está sostenida por capitales de Nueva York.

El doctor Semmola, senador del reino de Italia, llegado hace algunos días á París, ha dado á conocer á la Academia de Medicina, de la que es miembro, sus investigaciones experimentales sobre las enfermedades infecciosas, en particular la influenza y las pneumonías, que se presentan después de la influenza.

Ha emitido la opinión de que la disnea y la muerte no son otra cosa que la consecuencia de una acción tóxica ejercida sobre la bulba por principios especiales, que se forman en el organismo durante la infección de la influenza y en las condiciones bioquímicas, siempre existentes en los individuos que son sus víctimas.

Estos productos, según las experiencias, se forman de ordinario en el momento mismo en que los síntomas propios al ataque de la enfermedad disminuyen.

Su conferencia ha interesado vivamente á la Academia, y ha sido muy aplaudida.

El eminente doctor ofrece á la Academia de Medicina 20,000 francos para la fundación de un premio que debe llevar su nom-

bre, destinado á fomentar el estudio é investigación de los remedios apropiados á combatir las enfermedades infecciosas.

El Gobierno francés ha decidido instalar un Museo histórico en la casa que habitó en Domremy la inmortal Juana de Arco.

Las obras serán muy pronto comenzadas. Figurarán en primer término en aquel Museo, los bocetos de las pinturas hechos en el Panteón por Lenepreu, según el proyecto de Pablo Bandroy; los moldes originales de las famosas estatuas de Chapa, Fremict, Pablo Dubois, Pezieux, Chautrouse, que representan á Juana de Arco en la casa paterna, en la rendición de Orleans, en el sitio de París, en el convento de Reims y en el patíbulo de Rouen.

Figurarán también los tapices representando los dos principales episodios de la vida de la heroína, tapices que hará la fábrica de los Gobelinos.

El Museo contendrá también reproducciones de los principales retratos de Juana de Arco que han sido conservados, desde la estatua ecuestre que el viajero admira en el Museo de Cluny, hasta el célebre cuadro de Ingres.

IMITACIÓN DEL ORO.—De una revista alemana tomamos la siguiente fórmula para imitar el oro de una manera casi perfecta, no sólo en apariencia sino también en algunas de sus propiedades, pues ni se oxida ni cambia de color, aun cuando se le exponga á la acción del aire ó se le trate por los álcalis.

Basta alear 1,000 partes de cobre con 50 de antimonio. Cuando se ha formado aleación perfecta, se agrega á esa masa, tal cual se halla en el crisol, un poco de brasa de magnesio y espato calizo, por cuyo medio se le quita la porosidad y el metal resulta muy denso. Después se le puede laminar, forjar, batir y soldar.

Cuando se le pulimenta, adquiere el aspecto del oro verdadero y hasta es más consistente que éste.

En una población llamada Fischhausen, de la Prusia occidental, se ha celebrado el casamiento de un alto funcionario de la provincia, con una comida en la que los ciento sesenta y ocho comensales han sepultado en sus estómagos en una sola sesión: un buey, tres cerdos, cuatro terneras, diez gansos y un número considerable de pollos, pichones, patos, longaniza y lenguas ahumadas.

Seis toneles de cerveza, 45 litros de ron y 52 de otros licores, sirvieron para rociar los sólidos y facilitarles paso por el gástrico.

Si á lo dicho se añade el pan, entremeses, postres, café, etc., etc., nada de particular tiene la fama de tragones que disfrutaban los alemanes.

EL FONÓSCOPO.—La fotografía del lenguaje ha sido un problema perseguido por muchos hombres científicos.

M. Dumeny anunció hace algún tiempo que había encontrado la solución por medio de una cámara instantánea que reproducía el movimiento de los labios con tal velocidad que permitía apreciar las distintas posiciones de éstos en la pronunciación de cualquier palabra.

Realmente, se trataba de un complemento del fonógrafo, puesto que éste nos da las curvas que produce la onda sonora, y aquel aparato la posición de los órganos moduladores.

Hoy parece que el señor Dumeny ha mejorado su invento, logrando hacer 15 fotografías por segundo, con lo cual el resultado es altamente satisfactorio.

En el fonógrafo, que tal es el nombre del aparato en cuestión, las positivas están colocadas en el contorno de un disco que gira con gran velocidad delante de una ranura, por la cual se mira. Como la imagen cruza ante los ojos del espectador en la dozava parte de un segundo, la persistencia de la imagen en la retina hace que el rostro de la persona retratada adquiera las apariencias de la vida y del movimiento, pareciendo que habla; y aun es posible que algún sordo, de esos que adivinan con la vista lo que su oído no puede percibir, entienda lo que la imagen fotográfica quiere decir.

En una palabra: se trata de la aplicación á un fonakitiscope de las pruebas del aparato primitivo Dumeny.

El informe anual del Canal de Suez, según un diario de Londres, demuestra que el aumento en el tráfico ha sido de 1.807,268 toneladas: declara un dividendo de 16 francos 50 céntimos por acción, promete una reducción en los derechos de tránsito desde el 1 de Enero de 50 céntimos por tonelada, y se ocupa de la cuestión relativa á la conducción del petróleo en tanques.

Postres

Hallándose en 1815 dispuestos para hacerse á la mar el barco que conducía á Napoleón, prisionero de los ingleses, un bromista de Chester hizo distribuir grandes carteles por la ciudad y sus alrededores anunciando que el gobierno inglés había decidido enviar á Santa Elena un cargamento de gatos, en vista de que en la isla abundan tanto las ratas, que le sería imposible al emperador vivir en ella.

Añadía que el gobierno pagaría 16 chelines por cada gato, 10 por las gatas y dos chelines seis peniques por cada gato pequeño.

Todos tomaron en serio este anuncio, y el día fijado llegaron á Chester una porción de habitantes de los alrededores, llevando cada uno varios gatos.

Cuando vieron que se les había engañado se enfurecieron de tal modo, que soltaron los gatos por la calle y armaron un escándalo en la plaza del Ayuntamiento.

En tres semanas que siguieron á estos

sucesos, fueron muertos en las calles de Chester más de 4,000 gatos.

Aunque la policía ofreció una recompensa al que descubriese quién era el autor de la broma, nunca pudo averiguarlo.

Nada más pesado, ni generalmente menos cordial, que el sentirse embestido por estas ó semejantes preguntas de entrada:

—¿Qué tal?

—¿Cómo lo pasa usted?

—¿Sigue usted bien?

—*Si hay para seis, habrá para siete*, decía un parásito gorrilla, sorprendiendo á una reunión de familia que iba á sentarse á la mesa.

—Si habla usted de la luz del quinqué, le contestó el amo de la casa, tiene usted razón.

—¿Quiere usted casarse con una de mis hijas? Pues bien: doy 15,000 mil duros á la que cuenta quince años, 30,000 á la que ha cumplido veinte y 45,000 á la que ha llegado á los veinticinco.

—¿No tiene usted otra de más edad?

La hija política del célebre naturalista Buffon no amaba á su esposo, que la quería con ternura. En una comida de familia, le preguntó á su suegro:

—Usted, que ha observado tanto, ¿cómo explicará el fenómeno de que no amemos á las personas que más nos aman?

Buffon se contentó con responder:

—Todavía no he llegado al capítulo de los monstruos.

Devanábale los sesos un sacristán sobre cuál podría ser el motivo de que en los campanarios de las iglesias se acostumbra á poner un gallo, sin que, ni aun por equivocación, se pusiese nunca una gallina. Por fin logró darse la explicación de este enigma.

—Será, dijo para sí, porque si la gallina llegase á poner, se estrellarían los huevos al caer de tan alto.

Gedeón visita por primera vez un buque de vapor.

El capitán le enseña todas las dependencias, y le dice:

—La máquina tiene cien caballos.

—¡Hombre, es curioso! Lléveme usted á la cuadra.

—Préstame seis duros, decía un calavera á un amigo suyo.

—¿Seis? No tengo más que cuatro.

—Pues bien, vengan los cuatro, y me quedarás á deber dos.

Las mejores frutas son las que han sido picadas por los pájaros: los hombres más honrados son aquellos en quienes se ha cebado la calumnia.

La ciencia más útil y hermosa para una mujer, es la economía doméstica.

LOS QUE TIENAN TOS
ya sea reciente ó crónica, tomen las
PASTILLAS PECTORALES
del Dr. Andrew y se aliviarán pronto por fuerte que sea. Sus efectos son tan rápidos y seguros que casi siempre desaparece la TOS al concluir la primera caja.
Para el ASMA prepara el mismo autor los Cigarrillos y Papeles azoados que lo calman al instante.

LOS RESFRIADOS
de la nariz y de la cabeza desaparecen en muy pocas horas con el
RAPÉ NASALINA
que prepara el mismo Dr. Andrew.
Se usa es facilísimo y sus efectos son seguros y rápidos.

PARA BOCA
SANA, HERMOSA, FUERTE y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y los POLVOS de
MENTHOLINA DENTÍFRICA
que prepara el Dr. Andrew. Su uso emblanquece la dentadura, fortifica notablemente las encías, evitando las caries y la oscilación de los dientes. Su olor exquisito y agradable perfuma el aliento.

en todas las buenas farmacias

